eam. Creced y multiplicaos; llenad la tierra y *sometedla* á vuestro imperio.

«Verdad es, dice un gran sociólogo de nuestros días [1], verdad es que en aquellas condiciones sobrenaturales el trabajo no hubiese sido penoso; el sudor no habría humedecido nuestra frente, ni el frío aterido nuestros miembros, ni el cansancio agotado nuestras fuerzas, ni la enfermedad ni la vejez gastado nuestro organismo. La tierra, dócil á nuestra voluntad, hubiese rendido, espléndida y generosa, los frutos de su fecundidad inagotable al más ligero indicio de nuestro trabajo; y la naturaleza patentizado sus arcanos, y puesto de manifiesto sus más recónditas leyes á nuestra inteligencia, ávida de conocer la sabiduría del Criador, y contemplar las maravillas de su obra.

»Pero desgraciadamente la rebelión de la criatura vino á contrariar los amorosos planes del

(1) El Excmo. Señor Obispo de Orihuela, don Juan Maura y Gelabert.

Criador, atrayendo sobre la humanidad males y desventuras sin cuento. Lo que era antes principio de felicidad y de placer, se trocó en manantial de dolor y amargura; lo que era título de engrandecimiento y gloria, en estigma de humillación y abatimiento; y suprimidas las bendiciones del Padre amoroso, vinieron á pesar sobre nuestra frente los anatemas del Juez inexorable: «Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y comido de la fruta prohibida, maldita será la tierra en tu labor; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento, durante tu vida. Y te producirá espinas y abrojos»: *Maledicta terra in opere tuo. In laboribus comedes ex ea... Spinas et tribulos germinabit tibi.* (Gen. III. 17, 18.)

Ved ahí cómo el trabajo que al principio era nobilísima función de nuestras facultades, se convirtió en objeto de anatemas divinos, á consecuencia de la prevaricación del primer hombre».

¿Y cuándo recobró el trabajo el honor de su originaria grandeza? ¿Quién arrancó de su frente

aquel ignominioso estigma que le hacía odioso y despreciable á la humanidad?

Antes de Jesucristo el trabajo estaba reservado á los esclavos en la mayoría de las naciones paganas.

Aristóteles decía hablando de los obreros: «Su existencia es una existéncia degradada, y la virtud es incompatible con las ocupaciones habituales de los artesanos, de los mercaderes y de los mercenarios. Los trabajadores, no merecen el nombre de ciudadanos; échase de menos en ellos todo concepto noble; no existe diferencia alguna entre los esclavos y esa clase de hombres que la naturaleza ha creado para que con su cuerpo trabajen por nosotros.» Estas palabras no reflejan una opinión particular del filósofo de Estagira, sino la opinión general del pueblo griego.

En Atenas sólo había una ocupación honrosa: el teatro y las asambleas populares.

El ciudadano libre de Esparta despreciaba el trabajo más todavía que los atenienses.

Entre los romanos, nada degradaba y envilecía al hombre como el trabajo. «Nosotros, escribía Cicerón, miramos como viles y bajos los oficios de los mercenarios y de todos aquellos cuyo trabajo se compra; porque el mismo salario es para ellos un contrato de servidumbre. Los artesanos, son todos, por su profesión, viles y despreciables; la nobleza no cabe en una tienda ó en un taller.»

Pero en el taller humilde de un pobre carpintero de la Judea, cayeron de la frente de un niño algunas gotas de sudor, que al rodar sobre el trabajo de sus manos, se trocaron en delicadas y finísimas perlas, formando brillante diadema que deslumbró al mundo con las irradiaciones de su divina claridad..... Es la diadema que, desde entonces, corona las sienes del obrero cristiano.

Sí; la casa de Nazaret fué el templo donde el Hijo de María santificó y glorificó el trabajo. Glorificación maravillosa que los discípulos de Jesús han perpetuado á través de los siglos,

proclamando la dignidad del trabajo con las predicaciones de su palabra y con la obra de sus manos.

«Os rogamos, hermanos míos, escribía San Pablo á los fieles de Tesalónica, que adelantéis ó crezcáis más y más en vuestro mutuo amor, y procuréis vivir pacíficos; que *hagáis vuestra hacienda* y que *trabajéis con vuestras manos* como os lo tenemos mandado.» [1]

«Acordaos de nuestro trabajo y fatiga; pues trabajamos de noche y de día para no seros gravosos, mientras predicábamos entre vosotros el Evangelio de Dios.» [2]

En efecto, el gran Apóstol dividía su tiempo entre el ministerio de su apostolado y la construcción de tiendas de campaña.

Los cristianos que, huyendo de la corrompida civilización de Bizancio, se refugiaban en las áridas soledades de la Tebaida, mientras elevaban

(1) I Tes. IV. 10, 11.

(2) I Tes. II. 9.

sus corazones al cielo, cantando los Salmos de David, en el silencio de aquellas hermosas noches de Egipto, con sus manos trenzaban la palma, y fabricaban los famosos cestos de mimbre que iban luego á vender en Alejandría.

La arena de aquellos desiertos guarda todavía las huellas de sus santos anacoretas; y el junco que adorna las orillas de los lagos y la palmera que mece su espléndido penacho bajo aquel cielo abrasador, recuerdan al viajero los nombres de Pablo, Antonio, Hilario, Macario, Arsenio, cultivadores ilustres de la oración y del trabajo.

En la Edad Media el monasterio era un asilo de todos los oficios y de todas las artes. Al lado del copista que recoge las bellezas dispersas de la antigüedad pagana, perpetuándolas con su pluma en grandes pergaminos, el pintor arranca de su paleta oro y carmín, para iluminar una mayúscula inicial, ó llevar á sus lienzos el rostro bellísimo de la Virgen que acaba de ver en el éxtasis de sus meditaciones; mientras allá en los

límites de la abadía, con el hábito recogido á la cintura, el capuz echado atrás, desnudos los brazos, rebosando alegría el rostro, otros monjes levantan las tapias del cercado, ó hieren con el azadón la tierra, ó abren con el arado el surco que ha de recibir la semilla: obreros infatigables que sólo abandonan su trabajo, cuando la campana del monasterio les llama, para reparar sus fuerzas con pobrísimas legumbres, añadiendo así al trabajo, la penitencia más extremada y el más sublime sacrificio.

Cuando en la sucesión de los tiempos, del árbol secular de la vida monástica brotaron ramas diversas, cada orden aceptó una especialidad del trabajo: y así como vemos sendas instituciones consagradas á la redención de los esclavos, al cuidado de los enfermos, al ejercicio de la enseñanza, así aparece también una Órden, la Benedictina, que impone el trabajo de las manos como uno de los principales deberes de sus monjes, sin distinción de categorías. San Benito dejaba la pluma, con la que redactaba aquella Regla inmortal, de la que han copiado todos los institutos religiosos, para tomar la azada y remover con ella la tierra del campo. San Bernardo refiere en sus obras, que hizo el estudio de los libros santos á la sombra de las hayas, donde compartía con sus hermanos de Religión las labores de la agricultura.

En nuestros días, el monje trapense es el más ilustre continuador de tan gloriosas tradiciones. El trapense fija siempre su morada en los eriales desolados que esperan la vida. Él desmonta las rocas más elevadas y convierte en vergeles frondosísimos los pantanos más insalubres. La frugalidad de su vida y su amor al trabajo hacen del trapense un sér extraordinario, que atrae la admiración y el respeto de la sociedad menos cristiana.

¿Quién no ha visto en las exposiciones ó concursos de la industria moderna á un monje trapense con su albo ropaje, de pie junto á un arado perfeccionado, ostentando el premio del Jurado, sin vanidad, sin orgullo, puesto que su misión

allí es sólo dar público y elocuente testimonio de que el trabajo debe á la Religión Católica su rehabilitación y su engrandecimiento?

III

LA MUERTE

Por Eva entró la muerte en el mundo. Por María vino al mundo la resurrección y la vida. Es la Madre de Aquél que dijo: *Ego sum resurrectio et vita.*

Al crear la naturaleza humana, Dios, según Santo Tomás, le concedió al cuerpo algo más de lo que se le debía en virtud de su naturaleza: le concedió cierta incorruptibilidad por la cual se convertía en una materia conveniente y digna de ser unida á su forma, á su alma. De este modo el cuerpo tendría vida perpetua, como perpetua era la vida del alma que le informaba.

Pero el pecado original rompió los lazos que unían al alma con Dios, y como consecuencia quedaron también rotos los vínculos que unían al alma con el cuerpo. Así como el alma perdió por el pecado la gracia santificante que la elevaba hasta las alturas de Dios, así también el cuerpo perdió la incorruptibilidad que le elevaba hasta la altura y dignidad del alma. La muerte, pues, vino como accidente y consecuencia del pecado. Mas éste fué destruído por Cristo, ya que por el mérito de su pasión, destruyó muriendo nuestra muerte, como canta la Iglesia.

¿Es que ya el hombre no morirá? No; no morirá con muerte perpetua. Su muerte será temporal, será el pago de una deuda, la expiación de una culpa; pero expiada en el sepulcro la falta del paraíso, el cuerpo resucitará para unirse al alma y vivir por ella perpetuamente.

La resurrección, pues, será un milagro, sólo en cuanto al principio activo, porque únicamente la Omnipotencia divina podrá llevarlo á cabo;

pero no en cuanto á su fin que es puramente natural.

El argumento del Santo Doctor no puede ser más concluyente. ¿El alma es inmortal? Luego sobrevivirá al salir del cuerpo. ¿Pero ella es la forma substancial del cuerpo humano; y ¿cómo queréis que una forma esté perpétuamente separada de su materia? Si no resucitase el cuerpo humano tendríamos una forma siempre subsistente y siempre separada de la materia que debe informar. Pero esto es contra la naturaleza, y lo que es contrario á las leyes naturales no puede durar. Luego la muerte perpetua del cuerpo es inconcebible, porque su resurrección la reclama las leyes mismas de la naturaleza. [1]

Por otra parte, señores académicos, si nosotros no resucitásemos, alteraríamos la armonía general establecida en el universo. En el vasto laboratorio de la naturaleza nada perece. Lo que nosotros llamamos muerte no es más que una

(1) Div. Thom., Contra Gent. Lib. IX.

transformación; todo se renueva; todo recobra la vida.

El invierno agosta, con su helado aliento, la lozanía de las flores, corta con su guadaña las hojas de los árboles, y extiende sobre los prados el sudario de sus nieves; mas la primavera devuelve la fertilidad á los campos, vistiendo de nuevo los árboles con el plumaje de las hojas, esmaltando las flores con las perlasdel rocío y llevando á todas partes el calor de la vida.

Si durante el período de la prueba estuvo el cuerpo unido al alma, ¿cómo no han de reunirse otra vez, para recibir el galardón ó el castigo en el tiempo de la suprema sanción?

Las acciones no son del alma ni del cuerpo, son del supuesto, de la persona, del hombre. Pero el hombre es la unión del cuerpo y del alma. Por consiguiente, la sanción final debe alcanzar lo mismo al alma que al cuerpo.

«Justicia, exclama un ilustre escritor [1], jus-

(1) Mgr. Besson. *Les misteres de la vie future.*